



El Eco de Cartagena

AÑO XXXI.

DECANO DE LA PENSAA LOCAL

Núm. 8999

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 5.00.—P. Provincias.—Tres meses, 7.50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empiezo en contar desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini, 61, y J. Joubert, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Wimpster Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

MIERCOLES 28 DE OCTUBRE DE 1891.

FRANCIA Y SUS TARIFAS.

Las exageraciones proteccionistas de la Cámara francesa de Diputados, han dado, como parto indoliz de las desmesuradas aspiraciones de los intereses agrícolas, un proyecto de Arancel de Aduanas con elevadísimos derechos para muchas mercancías, y especialmente para los vinos, que es el principal artículo de nuestra exportación, y en su consecuencia, la base de nuestros tratados de comercio.

Esas exageraciones han sido tan centuadas, que en la misma Francia han comenzado ya á sentirse desfavorablemente, siendo para la generalidad de nuestros vecinos objeto de serias preocupaciones y de fundados temores, ante el previsible peligro de que se transformen en sacrificio de grandes y generales intereses de su industria nacional.

Pasados los primeros momentos del fervor proteccionista y de la ilucinación causada por el espejismo de deslumbrantes teorías, era natural que sobreviniese la calma, con ella la meditación y con ésta el convencimiento de haber traspasado los límites de lo justo y la persuasión de haber caído en el caos de lo imposible, disipándose las bondades de las medidas adoptadas ante el primer esfuerzo del estudio hecho sobre el asunto por la opinión de la prensa.

Es evidente que toda reforma que se aparta del principio de la equidad para los múltiples intereses económicos á quienes afecta, y que carece del fin armónico para los diversos ramos de riqueza á quienes se refiere, ha de sacrificar á la aparente utilidad de unos la conveniencia general de otros, dando como definitivo resultado una situación viciosa, violenta é insostenible.

En Francia, como dice muy acertadamente Mr. Gambe, en un interesante y meditado artículo que ha dedicado al estudio de las relaciones franco hispanas, existe la desgracia de exagerarlo todo, de ceder fácilmente á la pasión irreflexiva del momento, y en el temor de un mal, á veces imaginario, cae por exceso de precauciones en otro tal vez peor.

Si Francia se hubiera limitado á defender razonablemente su mercado, impidiendo con derechos posibles la invasión de los productos extranjeros, de modo tal que su importe hubiera compensado suficientemente las cargas que en su propio territorio pesaban sobre la propiedad y la industria referente á la producción de sus similares, todas las naciones habrían encontrado justo su proceder, y ninguna habría tenido de qué extrañarse; pero levantar barreras aduaneras infranqueables para todas, bajo el pretexto de favorecer la producción agrícola, equivale á llevar la perturbación á sus relaciones comerciales exteriores, y exponerse

á sufrir las consecuencias de represalias arancelarias peligrosas que pueden, para su respectiva defensa, tomar contra ella las potencias extranjeras que salgan perjudicadas.

La agricultura francesa se quejaba, es cierto que con alguna razón, de la apurada situación que venía atravesando, y solicitaba de los poderes públicos que la amparase en sus males, y con tal motivo acudieron éstos en su ayuda, elevando los derechos de los cereales extranjeros que se importasen en Francia; pero animada por su primer éxito, todas las ramas de la industria redoblaron sus esfuerzos, y con una serie de influencias extrañas y dignas de mejor empresa, ejercieron tan poderosa presión sobre la Cámara de Diputados que casi sin examen ni discernimiento votó y aprobó esa doble tarifa tan combatida por la opinión pública, y que si llega á prevalecer ha de ocasionar considerables daños al tráfico internacional y en especial al comercio de los vinos.

Dígase lo que se quiera, todavía han de pasar algunos años antes que Francia pueda completar la replantación de su viñedo y bastarse á sí misma para subvenir á las necesidades reclamadas por su comercio exterior, y hasta entonces tiene que ser tributaria de España, Italia y otros países productores, so pena de perder aquellos apartados mercados de la América y del Asia que conquistó á fuerza de mucho trabajo, gran sacrificio y notable perseverancia.

Aparte de eso, Francia, que monopoliza el comercio vinatero desde hace largo tiempo, y que ha sabido formar tipos de vinos de pasto adoptándolos al gusto de los diversos consumidores, necesita para las mezclas los caldos españoles, de mayor fuerza y color que los suyos, y para sostener aquellos mercados de regiones remotas y evitar que sus líquidos se tuerzan al atravesar los trópicos, tiene que recibir nuevos vinos, á menos de acudir al sistema de los encabezamientos y de emprender la tarea de modificar los tipos que antes creó.

Con las nuevas tarifas, la situación de los viticultores franceses podrá ser buena, pero es de esperar que al cerrar Francia sus puertas á los productos extranjeros, las naciones perjudicadas cerrarán las suyas á los productos franceses, y que de esta guerra de tarifas sufrirán las consecuencias gran número de industrias.

Francia exporta anualmente á España mercancías diversas por valor de unos 200 millones de francos, y recibe de ellos, cada año no comprendiendo los vinos, géneros por valor de unos 100 millones, pero como lo que nos envía son artículos manufacturados, y lo que la expedimos son primeras materias, se deduce como consecuencia lógica que la industria francesa es la primera que ha de sufrir los rigores de un régimen prohibitivo.

Por algunos se ha calculado de crédulos á los españoles que han

confiado en que Francia llegaría á concedernos franquicia para los vinos á cambio del compromiso de guardar nuestra nación una neutralidad absoluta en el conflicto europeo que se presenta en los horizontes de la política internacional; pero parecen que no están en lo cierto los que tal pretenden, pues las cuestiones económicas son en esta ocasión extrañas á la política, eso sin perjuicio de que á España puede convenirle conservar su independencia en esta materia, y de que reconozcamos que tal vez aquellos conflictos no llegarán á conjurarse, y entonces habríamos alcanzado, sin compensación, considerables beneficios para nuestros intereses materiales.

ENRIQUE MENOR.

VARIEDADES CANTARES

I

Era un árbol muy frondoso el árbol de la esperanza, desde que á su sombra vivo se van secando sus ramas.

II

Le mando besos del alma en un rayo de la luna, que ella alumbró mis pesares y besó su sepultura.

III

Pajarillo que has dejado el nido donde has nacido, cuando te sientas cansado no encontrarás otro nido como el nido abandonado.

IV

Con las perlas de sus ojos quisiera hacer un rosario, para ponérmelo al cuello y á todas horas besarlo.

V

En busca de una limosna tu reja me vió llegar y en tu reja quedé preso sin querer la libertad.

VI

Ya véis tú si me quería, que me besaba llorando la mano con que la hería

VII

Un viejo y un niño, la muerte y la vida, uno se despide, otro se aproxima.

VIII

Dos suspiros se encontraron y empezaron á reñir, pero se vieron pasar y se fueron tras de ti.

Narciso Diaz de Escovar. 1890 (Málaga).

FRUTA DEL TIEMPO.

Habrán ustedes oído el refrán castellano que dice:

«Cada fruta en su tiempo y los nados en Adviento.» Así, en una temporada vienen las

cerezas, después las guindas, las peras, hasta llegar á los melocotones.

He leído en varios «menús» como postre del día, melocotones.

Es la temporada de la fruta de Campiel.

Dentro de un mes, y antes quizás, habrá empezado otra fruta:

Las pulmonías fulminantes.

Ya han empezado á enternecerse las personas sensibles.

En los teatros han estallado las primeras toses.

Toses conocidas algunas, anónimas otras.

Y se anuncia el debut de otras varias de buenas familias y de personas importantes.

Algunas de nuestras primeras toses, que han regresado á Madrid en compañía de sus propietarios.

Las primeras brisas de otoño coquillean en las laringes más aristocráticas y delicadas y en los bronquios titulares de Castilla.

Empieza á servir de tema para las conversaciones insignificantes, que son casi todas entre personas de cierta clase, y aun como prólogo de diálogos interesantes, siquiera en el «allegro.»

—Hija, estoy con eso, y no tengo hueso que me quiera bien.

—¿Qué tienes?

—El trancazo maldito.

—¡Ay! Pues á Rodríguez le tengo yo también en cama.

—¿También?

—Sí, porque ya estaba papá. Cada uno en su cama; parece la casa un hospital.

—Mujer, no hablan de dormir juntos suegro y yerno. Sería una temeridad.

—No lo creas; se quieren como padre é hijo.

—Pues en casa no queda uno sano: aquél, mi cuñado, mi mamá, mis hermanas, mis dos nenas y yo; yo, que era la única valiente de la familia. Hasta el ama, hija, hasta el ama de cría de mi niña, que parece de casta vacuna, ha caído también.

—¿Vas al teatro?

—¿Qué he de hacerle? ¿Y tú?

—Es claro.

—Está «una» peor en casa.

—Más nos valiera no haber dejado nuestro San Sebastián.

—¿Te acuerdas? ¿Qué ratos!

—¿Aún no le has visto en Madrid?

—No; ¿y tú al otro?

—Esta noche le veré en el teatro de la Comedia.

—¡Ya!

—Diga usted doctor—pregunta un aprensivo—cree que esta afección podrá interesar los pulmones?

—No, señor, eso á nadie le interesa.

—En cuanto me acuesto soy perdido; empiezo á toser y no ceso hasta que me levanto.

A esta «carifosa y leal» declaración de un Senador del teatro antiguo, que, como todos sus contemporáneos, no hablan de otro asunto que de sus padecimientos físicos, responde la ilustre cuanto «inmortal» señora á quien se dirige.

—No me hable usted de eso, que paso unas noches horribles tosiendo «por lo jondo,» vamos, por flamenco que ya, ya...

—Usted siempre lo fue—afirma el Senador.

—Gracias, S., ¿y usted?

—Yo reviento tosiendo.

—Digo que también usted fue flamenco en su juventud.

—¡Ya!

—Pero, amigo, eso que tiene ahora es «catarro senatorial.»

Quería decir: «Catarro senil.»

Pero es lo mismo.

Personas que van por esas calles estornudando solas verán ustedes una porción.

Y no digo nada de las molestias que ocasionan á cuantos las rodean, y han de murmurar á cada estornudo, para que Dios evite que se desgracie el que estornuda.

—¡Dios ayude á usted, ó te ayude!

—«¡Dominus tecum!»

—¡Jesús, María y Joseph!

En cuanto apuntan los primeros frios, es preciso andar con precauciones.

Porque con los frios empiezan los estornudos, toses y blanduras de boca, y no tiene hora segura el hombre contra los que le detienen en la calle y le rocían con las «perlas» que destila su boca.

Y que todos estos surtidores, amigos y conocidos, no quieren que se les escape la víctima.

La enflán, la acosan, y así como los que poseen el aliento «perfumado» naturalmente, aproximan la boca á la cara ó á la nariz de su interlocutor,

La tos, hasta... ese de las patillas (no quiero nombrarlo, porque parecería reclamo) era insostenible.

En algunos establecimientos públicos se advertía á los concurrentes:

«No se permite toser.»

Pero era inútil.

En un teatro de provincia, y no de segundo orden, por cierto, representaban no sé cuál drama de D. José.

La tormenta avanzaba.

La nube se cernía sobre el cuadro de la compañía, que había empezado aquella noche sus tareas.

Ya se había oído, según varios testigos auriculares, alguno que otro silbido del viento.

Llegó un monólogo de primer actor á voces solas, de los que salvan por su «estructura» una obra.

Un monólogo de esos «que tienen que decir», vamos.

Un caballero de segunda fila de butacas, después de luchar heroicamente para que no «se le saliera la tos», reventó involuntariamente.

Aquella era una tos galopante.

Y como ocurre con la tos lo mismo que con los bostones, que uno provoca otro, siguió otro señor de otra fila.

Y después otro, y luego otro y así sucesivamente, que parecía un fuego granendo.

Con que el actor, creyendo que eran aquellas toses principios de la «grita», dirigióse á la concurrencia y levantando el tono de la voz, dijo:

—¿Voy á continuar, ó qué? A ver si hay un poco de vergüenza; no por mí, que no la necesito, sino por el autor, que es un clásico del teatro.

EDUARDO DEL PALACIO.